



De los no lugares al espacio basura: diseño de los espacios de globalización

Bruno Cruz¹

Recibido: 18 de julio de 2017 / Aceptado: 15 de febrero de 2018

Resumen. Diez años separan la publicación del libro del arquitecto Rem Koolhaas “El espacio basura” (su primera edición en inglés es del 2002) del de Marc Augé “Los no lugares; espacios del anonimato” (su primera edición en francés data de 1992), dos textos emblemáticos de la literatura crítica con los espacios de la globalización de las últimas décadas, cuyas similitudes y diferencias dan la medida no sólo de los puntos de vista de sus autores (inmersos en tradiciones intelectuales distintas como son la antropología francesa y la crítica arquitectónica europea y anglosajona) sino también de cambios significativos en el panorama de la nueva arquitectura y diseño producido en dicho periodo. En este trabajo sostengo que, más allá del carácter nostálgico o provocativo de las propuestas, los autores están apuntando a una crisis civilizatoria que afecta a espacios e individuos. En particular, el análisis comparativo y contextualización de los conceptos nos habla de cómo la arquitectura realizada entre la publicación de ambos textos, al intentar paliar los efectos enajenantes de los no lugares ha incurrido en una saturación y banalización de recursos estilísticos que el concepto de espacio basura saca a relucir.

Palabras clave: No lugar; espacio basura; diseño interior; globalización.

[en] From non-place to junkspace: design of global spaces

Abstract. Between the publication of Marc Augé “The non-places; Spaces of anonymity” (its first french edition dates from 1992) and Rem Koolhaas “The junkspace” (2002) ten years have passed by. Both are emblematic texts of critical literature regarding the globalization spatial universe during the last decades. In this paper I argue that, beyond the nostalgic or provocative character of these proposals, the authors are pointing to a crisis of civilization affecting spaces and individuals. In particular, the present comparative analysis and contextualization of the concepts will point to how the architecture made between the publication of both texts, instead of reducing the alienating effects of non-places, has led to a saturation and banalization of stylistic tools described by the concept of junkspace.

Keywords: Non places; junkspace; interior design; globalization.

Sumario: 1. Introducción. 2. La identidad. 3. Circulaciones. 4. Tamaño y exceso. 5 Efectos, causas. 6. Conclusiones. Referencias.

Cómo citar: Cruz, B. (2018) De los no lugares al espacio basura: diseño de los espacios de globalización. *Arte, Individuo y Sociedad* 30(2), 261-273.

¹ Universidad Motolinía del Pedregal (Ciudad de México, México)
E-mail:investigación@ump.mx

1. Introducción

El concepto de no-lugar, pese a haber tenido una gran difusión en la academia actual, también ha suscitado cierta reticencia a la hora de ser considerado una aportación realmente novedosa. D. Rivera (2011, p. 37) habla del “insustancial librito de 1992 del antropólogo Marc Augé”, cuya categoría central ya se encuentra, según dicho articulista, en la literatura del siglo XIX (Baudelaire, Stevenson, Jerrold, Doré) surgida paralelamente a la sociedad de masas. Al respecto cabe señalar que las afinidades entre conceptos en ciencias humanas y sociales son no sólo numerosas sino inevitables, más aún si tratamos de una problemática, la explosión de la ciudad clásica en la modernidad, que, efectivamente, no ha dejado de ser estudiada desde la revolución industrial a nuestros días. Tanto la categoría de no-lugar de Augé, desarrollada a partir del no-lugar de Michel De Certeau, como la de espacio basura de Koolhaas son parte del proceso de desencanto en la modernidad descrito por Max Weber, con el fin de las creencias mágicas, religiosas (y de las grandes narrativas seculares en la posmodernidad) como telón de fondo. Son también parte de la transformación de formas de solidaridades entre los individuos, tal como las ha describió Durkheim, con el auge de los vínculos generados, no por afectos o coincidencias culturales (y territoriales), sino por contratos. Ambos conceptos están implícitos en la crítica al urbanismo funcionalista que hicieron autores como Martin Heidegger, Lewis Mumford, Jane Jacobs o Henri Lefebvre, quienes denunciaron la pérdida de los valores existenciales e identitarios de la ciudad moderna, planificada sin considerar todas las dimensiones de la vida cotidiana de los individuos. Para Gebauer (2015, p.10), el primer autor que usó la idea de no-lugar fue el urbanista Melvin M. Webber en su artículo de 1964 *The Urban Place and the Non Place Urban Realm* en el que sostiene que hay que entender las ciudades modernas como conjuntos urbanos en el que la afinidad no es principio rector en su configuración sino la accesibilidad; una idea neutral que sólo indica una disolución de lugar (*placeness*) sin postular una preferencia por el lugar basado en la comunidad, como lo hará Augé. Laura Gallardo (2015), por su parte, señala como antecedente, además de M. De Certeau, a Robert Smithson y sus textos de finales de los años sesenta: *Un recorrido por los monumentos de Passaic, Nueva Jersey*, de 1967, con descripciones de paisajes abandonados por la historia, entrópicos, vacíos; y *A provisional theory of Non-sites* de 1968, donde define *non-site* como una metáfora dimensional en la que un sitio puede representar a otro sitio al que no se parece en nada. También propone L. Gallardo en su tesis doctoral sobre los no-lugares una revisión de Jean Duvignaud y su libro *Lieux et non-lieux* (1977) donde cartesianamente se habla de un “no-lugar” del espíritu que suscita “lugares” hacia el mundo de la materia. Gallardo (2011, p. 108), apoyándose en una extensa literatura filosófica e interdisciplinar del espacio (en la que incluye a Koolhaas), argumenta que los no-lugares han existido siempre, ya que son límites generadores de la experiencia de los lugares. Gelbrauer *et. al* (2105) apunta a la funcionalidad de espacios transicionales (como los aeropuertos, necesarios para llegar a lugares) que en la categoría de no-lugar quedan unidos a espacios totalmente distintos como los espacios olvidados, o los degradados. A. Legnaro (2015) argumenta que en muchos casos simplemente se trata de espacios nuevos que aún no han sido apropiados por los usuarios (como pasó con antiguas estaciones de tren que luego fueron incorporando diseño y vividas como lugares). Así, el no-lugar ha tenido múltiples actualizaciones, revisiones e incluso extensiones

por parte de los estudios culturales que detectan su presencia en la literatura, música (Brian Eno y su cd *Music for airports*) y el cine, como modos de creación de escenarios que transmiten una particular fascinación estética (Ringgaard, 2015).

La filiación y revisión de los conceptos que aquí trataremos no demerita su papel en los espacios contemporáneos. Al contrario, los inscribe en un debate y una tradición intelectual importante sin caer en la redundancia ya que, como se expone en el presente artículo, sintetizan dicha tradición y la enriquecen en uno de sus aspectos más interesantes: el énfasis y desarrollo no sólo del estudio de los usos y significados sociales del espacio (lo que se ha llamado el “giro espacial” en las ciencias sociales) sino en la sutileza del análisis microsociológico, de lo cotidiano asociado a los detalles constructivos y a prácticas tan frecuentes como la circulación del usuario o su relación con los artefactos que va encontrando en el entorno, por recordar algunos aspectos del famoso capítulo introductorio del libro de Augé.

El no-lugar ha sido cuestionado por no sólo por una discutida originalidad o aportación sino también por carecer de sostén científico y vehicular una nostalgia específica de un círculo intelectual reducido. Podemos admitir aquí el factor de preocupación por el sentido de la evolución de los espacios sin por ello restar validez a una línea de estudio que entronca con una antropología francesa marcada por una doble tradición (Segalen, 1989): la del folclor, también preocupado (nostálgicamente pero guiado por el rigor científico) por registrar manifestaciones de la propia cultura tradicional en riesgo de desaparición y la etnografía “exótica” (aquí se ubicaría la trayectoria de Augé en los estudios sobre África), interesada en formas de vida también en peligro de extinción que ofrecen oportunidades para generalizar teorías igualmente aplicables a las sociedades complejas y/o fuertemente jerarquizadas en todo el planeta. La ampliación del radio de acción de la antropología como disciplina (influida por Levi Strauss, la escuela etnográfica anglosajona, la historia de las mentalidades y microhistoria) ha sido paralela a un cambio en los intereses del antropólogo (Dumont, 1987). A partir del Coloquio de Toulouse en 1982 (*Nuevas vías en etnología de Francia*) y del Coloquio de 1987 *Antropología social y etnología de Francia*, cuyas actas se publicaron en 1989 y en el que participaron académicos como M. Augé, M. Segalen y G. Althabe, entre otros, se empieza a intensificar una antropología de lo cercano, una antropología del aquí y del ahora (como el estudio de Augé sobre el metro de París, o de los Jardines del Luxemburgo), densa y aguda, con hábil manejo de las herramientas intelectuales de la antropología del siglo XX (Colley y Dozon, 2008). Ésta plantea numerosas dificultades metodológicas: el objeto ya no es un objeto cerrado, la noción de totalidad cultural corre el riesgo de perderse, el peso del prestigio de lo lejano impide legitimar nuevos temas de estudio, la cercanía del observador respecto a lo observado le plantea retos de objetividad y de compromiso social. Pese a ello, M. Augé piensa que las transformaciones radicales que sufren las sociedades tardocapitalistas a finales del siglo afectan a la producción y transmisión cultural de un modo tan notorio que se convierten en un fenómeno humano demasiado importante para dejar su estudio en manos de improvisadores; una nueva desaparición, en este caso la de las identidades locales arraigadas a una historia conocida, recreada y enlazada a la grandes narrativas o referencias colectivas, está en la base de la noción de no lugar. Por ello, el autor, sin dejar de señalar su filiación con la tradición etnográfica francesa (con referencias constantes a M. Maus), no renuncia, al igual que otros intelectuales, a entrar al debate de los años noventa sobre la posmodernidad, proponiendo su propio concepto en el libro de 1992: la

sobremodernidad, que se contrapone a la idea de ruptura total con la modernidad que en la década anterior se desprendía de la abundante literatura producida desde Lyotard (Vattimo, Baudrillard, Lipovetsky, entre otros). La idea de modernidad inacabada en Habermas, o el libro de 1991 de A. Giddens *Análisis de la Modernidad* (donde se sostiene que vivimos las consecuencias de la modernidad, más que la posmodernidad) estaría en la órbita de la sobremodernidad, la cual tiene el mérito de ser anterior a la modernidad reflexiva de Giddens-Lash-Beck (1994) o la modernidad líquida de Z. Bauman (2000).

Por su parte, el concepto de espacio-basura de Rem Koolhaas también apunta a una hacia una revisión matizada de la posmodernidad, de la que él mismo ha sido exponente, sobre todo a raíz de su participación en la exposición *Deconstructivist Architecture* en el MOMA en 1988 e ingreso en la élite de los arquitectos-estrella en parte gracias a sus libros-manifiesto como *Delirious New York* (1978). La admiración por el futurismo, los neoconstructivistas rusos (Özkan, 2008), el surrealismo o la influencia del formalismo de C. Rowe (recordemos su “ciudad collage”) han moldeado una práctica y discurso ecléctico donde la exploración vanguardista se une a un interés por los usos cotidianos, imposibles de predecir totalmente, de la arquitectura; y a una atención en la idea de arquitectura de flujos (cuyo referente sociológico sería *The Informational City* de M. Castells que se publica en 1989, siete años antes que *The Rise of Network Society*), proclive a que se den las circulaciones que De Certeau en 1980 concibió como sintaxis propia de cada transeúnte en la *Invencción de lo cotidiano urbano*. Para F. Hsu (2015) la evolución de las posturas teóricas del proyectista de Rotterdam arranca con el modelo de crítica de M. Tafuri al rígido productivismo arquitectónico capitalista. Pudiera ser el crítico italiano una referencia, efectivamente, en lo que se ha denominado en giro ético (*ethical turn*) de los *archistars* a inicios de este siglo, del que el espacio basura sería consecuencia. El uso de la terminología crítica en las dos últimas décadas, para varios analistas, no corresponde sin embargo a una posición progresista real (Montaner, 2004, p.94) y más bien llama la atención el desfase entre discurso y la trayectoria de Koolhaas como arquitecto (La Cecla, 2011; Foster, 2002), con obras tan comerciales como la tienda Prada. En realidad, estaríamos ante una estrategia de los arquitectos para posicionarse como artistas comprometidos criticando al capitalismo sin salirse del capitalismo. Pese a todo, más allá de la cuestión del carácter de la crítica (con toda una gama de adjetivos para poder escoger; provocador, elitista, cínico, irónico), lo interesante a efectos de presente estudio es que el *junkspace* contiene un potencial provocador incuestionable: al decir que algo es espacio basura (o no-lugar), el interlocutor se siente inducido al debate sobre el potencial destructor de nuestra civilización tardocapitalista. En el ámbito de los espacios y sus usos, teniendo en cuenta una transdisciplinariedad que es en ocasiones más elogiada que practicada, me parece interesante confrontar a un arquitecto como Rem Koolhaas, profesor invitado en Harvard, el cual aporta un conocimiento constructivo indudable, con Augé, exdirector de la École des Hautes Études en Sciences Sociales, atento a los matices de la vivencia del espacio en la cotidianidad.

Ambos autores condensan en conceptos muy claros y operativos nociones que estaban siendo manejadas por sociólogos, urbanistas y arquitectos; además, con una validez que desborda claramente el marco de lo urbano. Sus textos incursionan en el análisis de espacios y diseños con experiencias que no habían sido tan lúcidamente descritas anteriormente en la ensayística o academia formal con enfoques aplicables

no sólo a aeropuertos, estaciones de servicio de autopistas fuera a de la ciudad, o centros comerciales, sino también a dispositivos materiales como una recepción, un pasillo o un área polivalente de palacio de congresos. Por ello, considero enriquecedor ver con cierto detalle las temáticas que Augé y Koolhas exploran, sus coincidencias y desacuerdos, para poder sustentar una discusión sobre las dos aportaciones.

2. La identidad

El tema de la identidad es fundamental en la articulación del concepto de no-lugar de M. Augé y en él detectamos una diferencia con la propuesta de Koolhas que ilustra muy bien varias tendencias en la configuración de numerosos espacios de la globalización.

Al definir no lugar, Augé se aparta de la idea de lugar empleada por De Certeau (2004, 1º ed. 1990.p.334): la de una configuración estable de posición, que debe ser practicada por el ciudadano en su recorrido por el espacio urbano. Para Augé lo relevante es cómo los no lugares se oponen al concepto de lugar derivado de la tradición sociológica y antropológica iniciada por M. Mauss, en la que el lugar está vinculado con una cultura localizada en el tiempo y en el espacio. “Si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico, definirá un no lugar” (Augé, 2000, p.83).

Por el contrario, del texto Koolhas se desprende que la identidad es compatible con el espacio basura (“la identidad es la nueva comida basura de los desposeídos, el pienso de la globalización para los privados de derechos”, Koolhas, 2007: p. 6). Se trata, lo admite, de una identidad no auténtica, sino creada o manejada con propósitos comerciales, como deducimos de las numerosas referencias críticas del arquitecto holandés hacia los recursos proyectuales que buscan la eficacia simbólica por medio de recursos banales que apelan a la identidad, como por ejemplo, el arco (“el arco se ha convertido en el agotado emblema de la “comunidad”, (Koolhas, 2007: p 11). En otro momento del texto queda más claro que el recurso a la identidad está manejado, en este modo de proyectar, de manera fallida: “El espacio basura pretende unificar, pero en realidad escinde. Crea comunidades no a partir de intereses comunes o de la libre asociación, sino de una estadística idéntica y una demografía insoslayable, una ola oportunista de intereses creados” (Koolhas, 2007: p.38).

Ligada a la identidad está la historia. También aquí Koolhas se separa de su antecesor, o más bien, parece querer actualizar de la idea de no-lugar en un mundo en el que las marcas y las instituciones han tratado de convertir no lugares en lugares recurriendo de manera burda al uso de la historia.

La iconografía del espacio basura es 12 % Roma, 8 % Bauhaus y 7 % Disney, 3 % *art nouveau*, seguido de cerca por el estilo maya... (p.12). (...) el proceso que reivindica constantemente nuevas partes de la historia como extensiones del espacio basura. La historia corrompe, la historia absoluta corrompe absolutamente (p. 32). Invariablemente la decisión primordial es dejar intacto lo original: lo que antes era residual se declara la nueva esencia (...); lo sustancial que se ha de conservar se envuelve con un grueso paquete de locales comerciales y de comida... (p.33).

Incluso los museos no escapan, en Koolhaas, al riesgo de convertirse o formar parte del continuo de espacio basura: “Los museos son un espacio basura mojigato (...). Los museos transforman masivamente el espacio “malo” en espacio “bueno”, cuanto menos tratada está la madera de roble mayor es la fuente de beneficios. Monasterios hinchados a la escala de grandes almacenes” (Koolhaas, 2007, p.56). “Las galerías de arte se trasladan a lugares de borde y luego convierte el espacio virgen en cubos blancos (...)” (p.58).

La idea de espacio basura difiere de la no-lugar en que está formulada su definición no como una negación (lo que no es) sino como una afirmación (lo que es). En primer lugar, usando la palabra *espacio* en su acepción corriente (derivada de la newtoniana). Y recurriendo, con un modo muy propio de los manifiestos artísticos, a un vocablo fuerte, basura, del que más adelante extraeremos sus connotaciones. Koolhaas prefiere decir espacio a lugar, para recalcar la idea de ausencia de contenido (lugar basura pudiera sonar como un oximorón). Aquí cabe retomar un pasaje del texto de Augé sobre el espacio donde la argumentación es compleja, ya que por un parte se admite ahí que la distinción entre lugares y no lugares pasa por la oposición entre lugar y espacio. Pero, tras recordar que el espacio tiene una connotación más abstracta que el lugar y menos simbólica (lo que hubiera podido derivar en su uso como equivalente a no lugar, acercándose al texto koolhasiano), Augé (2000, p.86-87) señala los usos que varios autores han atribuido al espacio, y que no se encuentran en no lugar; desde el “espacio existencial” en Merleau Ponty hasta las narraciones sobre los espacios de la vida cotidiana de De Certeau, con sus prácticas y movimientos, que Augé está adjudicando a los lugares, por lo que, finalmente, su categoría no puede tomarse como equivalente a la de espacio.

3. Circulaciones

El escritor francés coloca sobre todo a los espacios de circulación en el centro de su análisis (en De Certeau la circulación no tenía una connotación negativa, sino todo lo contrario), ya que en ellos es donde se producen cambios importantes en la vivencia de la temporalidad que afectan a la significación del lugar. “El espacio del viajero sería, así, el arquetipo del no lugar” (Augé, 2000, p.98), nos dice el autor. La circulación acelerada de la globalización produce una dificultad contemporánea de pensar el tiempo debido a la superabundancia de acontecimientos.

El no lugar, al ser un espacio concebido para uno fines concretos (transporte, comercio, ocio), es también ser creador de relaciones muy peculiares entre usuario y entorno. “El usuario del no lugar está con ellos (o con los poderes que lo gobiernan) en una relación contractual” (Augé, 2000, p.104). La existencia de este contrato se le recuerda al usuario, por ejemplo, con la prescripción de conservar el billete que ha comprado o la obligación de poder mostrar una credencial que lo identifique, si quiere acceder a un no-lugar. Así, Augé se interesa no tanto por la banalización y la degradación de la calidad de los diseños en la sobremodernidad, como por la proliferación de áreas utilitarias insertas en el cambio de escala espacial de la globalización, con la consiguiente aceleración de la circulación y la superposición de temporalidades; espacios sin carácter propio, desvinculados del territorio, que favorecen el anonimato real de la persona, pese a que puedan crearse identidades provisionales en espacios de tránsito o breve estancia (“el no lugar es el que crea la identidad compartida de los pasajeros, de la clientela o de los conductores”).

(...) los no lugares mediatizan todo un conjunto de relaciones consigo mismo y con los otros que no apuntan sino indirectamente a sus fines: como los lugares antropológicos crean lo social orgánico, los no lugares crean la contractualidad solitaria. ¿Cómo imaginar el análisis durkheiminiano de una sala de espera de Roissy? (Augé, 2000, p. 98).

Dicha “contractualidad solitaria” se refuerza con la abundancia de textos y señalizaciones en carteles o pantallas, que van puntuando el recorrido del cliente.

(...) el vínculo de los individuos con su entorno en el espacio del no lugar pasa por las palabras, hasta por los textos. Ciertos lugares no existen sino por las palabras que los evocan (p.99) (...) la autopista es por lo tanto doblemente notable: por necesidad funcional, evita todos los lugares importantes a los que nos aproxima; pero los comenta (p.101). Otro ejemplo de invasión del espacio por el texto: los grandes supermercados en los cuales el cliente circula silenciosamente, consulta las etiquetas (...). Diálogo más directo pero aún más silencioso: el que cada titular de una tarjeta de crédito mantiene con la máquina distribuidora donde la inserta y en cuya pantalla le son transmitidas instrucciones generalmente alentadoras pero que constituyen a veces verdaderos llamados al orden (Augé 2000, p.108).

Las descripciones de R. Koolhas concernientes a la circulación y la señalización tienen otro carácter. Ponen de manifiesto no tanto una configuración espacial conductista encaminada a hacer posible la individualización solitaria de las trayectorias de los transeúntes sino una individualización que, en un contexto de transporte masificado, desemboca en un universo caótico, marcado además por la saturación de información, la arbitrariedad y la mala planificación.

Los diseñadores gráficos son los grandes renegados; mientras que antes la señalización prometía llevarnos a donde queríamos ir, ahora nos confunde y nos enreda en una maraña de preciosismo que nos obliga a tomar desvíos no deseados y volver atrás cuando nos hemos perdido. El espacio basura se describe como un espacio de flujos; pero ésta es una denominación poco adecuada; los flujos dependen de un movimiento disciplinado, de cuerpos que forman una unidad. El espacio basura es una telaraña sin araña, aunque es una arquitectura de masas, cada trayectoria es estrictamente singular. (...). Es un espacio de colisión (Koolhas, 2007, p. 23). (...) En el espacio basura los flujos conducen al desastre (p. 24) (...) toda una red de autopistas es espacio basura, una vasta utopía en potencia atascada por sus usuarios (p.26).

4. Tamaño y exceso

Así, el texto de Koolhas hace hincapié en la disfuncionalidad posmoderna de infraestructuras enormes que deben servir para demasiadas actividades simultáneas; por intentar satisfacer a un extenso universo social se ven abocadas a “tragar más cada vez más programa para poder sobrevivir, pronto podremos hacer cualquier cosa en cualquier sitio” (p.14). De ahí la abundancia de muros, tabiques provisionales en espacios flexibles, que pueden contener microcafés, conjuntos de asientos y sillones de espera o quiscos comerciales, todo bajo el cobijo de una misma megaestructura; una suma de espacios (generalmente abovedados y climatizados), más subdivididos que articulados, que constituyen “un ámbito de orden fingido y simulado, un reino de transformación morfológica” (p.13). El espacio basura por excelencia es un

espacio sin cierre, una arquitectura continua posible por la existencia y encuentro entre el aire acondicionado y la escalera mecánica. “La continuidad es la esencia del espacio basura; éste aprovecha cualquier invento que permita la expansión. Es siempre interior y tan extenso que raramente se perciben sus límites (...). El aire acondicionado ha lanzado el edificio sin fin” (Koolhaas, 2007, p.8).

El discurso koolhasiano puede interpretarse aquí como un desarrollo de la sorpresa y escepticismo de Augé ante el cambio de escala en los espacios de la globalización de principios de los años noventa, tanto en los de la circulación entre territorios alejados (los aeropuertos) y como en los creados por las grandes corporaciones multinacionales (centros comerciales, palacios de congresos...). Para el autor francés:

El mundo de la supermodernidad no tiene las medidas exactas de aquel en el cual creemos vivir, pues vivimos en un mundo que no hemos aprendido a mirar todavía. Tenemos que aprender de nuevo a pensar el espacio (p.42). La superabundancia espacial del presente (...). Esta concepción del espacio se expresa, como hemos visto, en los cambios en escala, en la multiplicación de las referencias imaginadas e imaginarias y en la espectacular aceleración de los medios de transporte (Augé, 2000, p.40).

En comparación con la radicalidad del proyectista holandés, el texto de 1992 parece incluso reflejar una contemplación y reflexión prudente de una realidad cuya potencial de destrucción medioambiental-cultural no era aún tan evidente como lo sería posteriormente, señalando elementos novedosos a los que las ciencias humanas debían prestar atención. En este sentido, el texto de Augé es premonitorio, al poner énfasis en las figuras del exceso que caracterizan la situación de sobremodernidad: la superabundancia de acontecimientos (“la dificultad de pensar el tiempo se debe a la superabundancia de acontecimientos, no al derrumbe de una idea de progreso desde hace tiempo deteriorada” (Augé, 2000, p.37); aquí parece abundar en la idea de G. Simmel sobre la intensificación de la vida nerviosa en las urbes industriales. Finalmente, el exceso espacial se complementa con la individualización de las referencias al perderse el marco de las grandes narrativas.

Koolhaas (2007) desarrolla el tema del exceso derivado de la sobremodernidad y la superabundancia espacial desde un punto de vista arquitectónico, viendo en qué consiste dicho exceso y qué consecuencias tiene en la funcionalidad, calidad, originalidad y belleza constructiva. En su discurso es muy recurrente la descripción de la dimensión entrópica del exceso, misma que en ocasiones puede conllevar a una paradójica “vacuidad terminal” (Koolhaas, 2007, p.11) y “absoluta inacción” (p.13). También domina en el texto la idea de que estamos ante un espacio que básicamente: “(...) no pretende crear perfección, sólo interés” (p. 14). (...) “volcado en la gratificación instantánea” (p.21). (...) “colosal manto de seguridad que cubre la tierra con un monopolio de seducción” (p.11). “El espacio basura es político: depende de la eliminación centralizada de la capacidad crítica en nombre de la comodidad y el placer” (p.36).

5. Efectos, causas

La dimensión política, en efecto, está presente en el espacio basura. Al leer a Koolhaas concluimos que hay dos fenómenos primordiales e interrelacionados vinculados a la basurización del diseño: la masificación y la comercialización, relacionadas entre sí y permitidas o alentadas por el poder. Cualquier intento de lograr la autenticidad se ve abocado al fracaso mientras sea prioritaria la consecución de beneficio y por lo tanto la búsqueda de satisfacción para las masas. En Augé, en cambio, esta idea nunca la leemos formulada de una manera tan radical. Se afirma en su obra que los espacios comerciales y de ocio masivo están entre los más susceptibles de adquirir la forma de no-lugares, pero sería inconcebible leer en ella que los espacios del arte y la memoria puedan devenir no lugares.

Escribe Koolhaas (2007):

Los módulos del espacio basura están dimensionados para portar marcas (...), antes a través de los cuales desaparece el significado (p.13). El espacio basura es como un útero que organiza la transición de interminables cantidades desde lo Real-piedra, árboles, mercancías, luz natural, gente-hasta lo irreal (p.59)

En este tenor y en fecha muy cercana a la publicación del trabajo del arquitecto holandés, también P. Sloterdijk (2003), retomando el hilo de *El libro de los pasajes* de W. Benjamin, ha hablado de la arquitectura de los espacios comerciales como emblemática de una las esferas que el hombre crea al modo de grandes úteros para masas infantilizadas. En ellas se produce la absorción del mundo exterior por parte de un interior totalmente planificado y pensado para el confort permanente.

Es inevitable también pensar en la afinidad de estas frases con las reflexiones de J. Baudrillard (1978) sobre la seducción y el simulacro, dos estrategias lejanas a la racionalidad que dominan el mundo del consumo actual. El texto nos remite a la idea de la sustitución de la cosa por su signo, con una paradójica tendencia a la desaparición de significados bajo la acumulación incesante de signos. Se trata de lo que Baudrillard llama hiperrealidad, al describir un consumo que ya es un consumo de auto-referencias, pura tautología.

Augé, siendo un autor que se ha posicionado explícitamente hacia posturas izquierdista, no dirige aquí su esfuerzo en polemizar sobre el entramado económico-arquitectónico de los no lugares; su crítica procedería del mismo concepto de sobremodernidad que amplió en otras publicaciones (Augé, 2007, p.6), el cual engloba factores políticos, pero también sociales y tecnológicos. Él pretende en este punto sobre todo legitimar un objeto de estudio novedoso, una realidad cuando menos llamativa e insoslayable. Su escritura se detiene a justificar la pertinencia teórico-metodológica del libro, ya que pudiera verse el paso del estudio de lo ajeno-exótico a lo propio-cotidiano como un paso alejado de los postulados de la antropología cultural. De ahí la insistencia en exponer conexiones íntimas de la propuesta con la antropología de Mauss y con la corriente culturalista, básicamente al subrayar a preocupación común por pensar y situar al individuo, su universo de sentido, identidad, sensibilidad, en unas condiciones culturales y espaciales con singularidades significativas, mismas que hay que hay que detallar, sin limitarse a sintetizarlas en expresiones como “homogeneización, o mundialización de la cultura”.

Si en Augé es importante la descripción de la mirada de un sujeto desarraigado y confundido por lo excesivo, el punto de vista de Koolhaas, por el contrario, es el del proyectista que coloca al espacio en general y al espacio basura en particular, como protagonista, incluso como sujeto gramatical de la mayoría de las frases del documento. Afirma el ganador del Pritzker que los arquitectos se han concentrado tradicionalmente en la producción de masa y objetos, sin poder explicar siempre de manera adecuada el espacio resultante (el que van a ocupar los usuarios); “el espacio basura es nuestro castigo por sus confusiones”. Así, el espacio basura emerge como un resultado inesperado con una dinámica propia que el autor desmenuza; todo ello dentro de un contexto que lo favorece, en el que los arquitectos comparten responsabilidad con otros actores; los planificadores, gestores, políticos.

Sobre el origen de los nuevos espacios las diferencias entre los dos autores son interesantes. Para Augé, los no-lugares proceden no tanto de una gestión concreta de determinadas actores sino de un cambio histórico y cultural: la era que él llama *sobremodernidad* (“la *sobremodernidad* (...) encuentra naturalmente su expresión concreta en los no-lugares, (Augé, 2000, p. 112), cuya definición se centra en la idea de una amplificación y proliferación de fenómenos modernos que genera exceso. En lugar de una discontinuidad total con el pasado, o idea de *posmodernidad*, lo que encontramos en los no-lugares de la *sobremodernidad* es una superposición (generadora de exceso) de procesos que otros autores calificarían de modernos y *posmodernos*: perfeccionamiento tecnológico, individualismo, fin de grandes relatos y marcos colectivos de referencia cultural.

Koolhaas (2007) coincide en que estamos no ante una ruptura de la modernidad sino ante su apoteosis caótica, pero es más materialista (y político) en su apreciación sobre las causas de las transformaciones espaciales contemporáneas, con una referencia clara al modelo económico que las genera, sin que sea una crítica exclusivamente al capitalismo, sino a todo un entramado económico-político poco transparente en cuanto a la honestidad de sus prácticas.

El espacio basura surge espontáneamente gracias a la natural exuberancia empresarial-el libre juego de los mercados bien se genera mediante la acción combinada de los “zares” temporales y largos historiales de filantropía tridimensional, burócratas (a menudo *exizquierdistas*) que liquidan alegremente vastas extensiones de litoral... (...). Su financiación es una bruma deliberada que difumina acuerdos poco claros, dudosas evasiones fiscales, incentivos insólitos (...). El espacio se extiende con la economía, pero su huella no puede contraerse: cuando ya no es necesario disminuye (pp. 39- 41).

6. Conclusiones

A mi juicio, la noción de espacio basura desarrolla y culmina la de no-lugar, dando claves para un análisis centrado más en el objeto que en el sujeto, más en los rasgos físicos comprobables de un espacio básicamente entrópico que en la percepción o experiencia de vinculación del usuario. La variabilidad y subjetividad de la experiencia del no-lugar en función del tipo de usuario era la base de las críticas más duras al trabajo de Augé, críticas a la noción de no lugar como noción carente de base empírica (Korstanje, 2006) e impregnada de connotaciones *etnocéntricas* (Grimson y Seman, 2007). Dicha relatividad ha ido en aumento sobre todo a medida que el planeta se ve inundado de no lugares y parte de la población los empieza

a vivirlos inevitablemente como lugares, como los aeropuertos; al mismo tiempo, espacios públicos con “identidad” pero saturados en su uso y comercialización, pueden convertirse en figuras del anonimato (Vásquez, 2007). Con el acento puesto en la perspectiva arquitectónica, Koolhaas sorte a parte de dicha crítica con criterios provenientes de una tradición de crítica tecnológica, además de estética; aunque el matiz crítico de los términos puede también propiciar un cuestionamiento similar (¿dónde está el criterio para delimitar lo que es basura y lo que no?).

Hablo también de culminación porque el uso de la palabra basura acentúa y cambia el foco de la crítica, sin centrarse en la cuestión cultural, en los valores e identidad, sino más bien extendiéndola a aspectos materiales, funcionales, ecológicos y estéticos mediante el uso de una palabra, *basura*, que no sólo radicaliza dicha crítica, sino que tiene el mérito de vincular el tema con la problemática fundamental de nuestra era: la crisis ambiental. De hecho, el problema del exceso y la ausencia de referentes que estudian los antropólogos no sería tan grave si no estuviera acompañado sobre todo de una producción de contaminación nociva para el planeta. Si, en principio, “basura” aparece como adjetivo de un espacio mediocre desde un punto de vista estético, constructivo, también podemos considerar que Koolhaas ha creado neologismo, un sustantivo compuesto, “espacio-basura”, lo cual resulta muy provocador, dada la idea que transmite de prácticas modernas que no sólo generan basura como fruto de un uso y desecho de productos, sino como producción primera directamente consumible. Todo ello nos reenvía a una discusión apasionante en la que ya no podemos separar crisis medioambiental de crisis civilizatoria, pues la invasión de contaminación se instala (o se traslada, según queramos verlo) no sólo en el universo natural degradado sino en el mismo mundo diseñado y vivido por el hombre. En este sentido, cabe inscribir el aporte koolhasiano en el debate al que apunta el filósofo J. L. Pardo, quien describe cómo la inmensa acumulación de basura se presenta hoy como el rasgo dominante del actual modo de producción, así como la inmensa acumulación de mercancías era el rasgo principal que Marx atribuía a la era industrial que le tocó vivir (Pardo (2010, p.1) Ante tal acumulación, sostiene Pardo, la única estrategia posible es su aceptación (cuando no puedes luchar contra algo te unes a ello). De ahí, el título chocante de su texto: “Nunca fue tan hermosa la basura”. Para el pensador español, que define basura como lo que no está en su lugar, los no-lugares, concebidos en un inicio como simples vacíos entre lugares determinados, al ir extendiéndose han ido borrando la distinción entre lugar y no-lugar, entendiendo no-lugar como un eufemismo de lugar-basura. Los lugares-basuras proliferan así del mismo modo en que lo hacen los no-empleos o empleos-basura, los no-estados o estados-basura, las no-universidades...etc. Sólo sobrevivimos al colapso de las antiguas estructuras transitando hacia un paradigma que “nos permitirá vivir como no basura lo que antes considerábamos como tal” (Pardo, 2010, p.11), para lo cual, el mundo debe estar en permanente reciclaje. Y para ello, todo debe estar pensado desde un inicio para ser susceptible de reciclaje, es decir, basura. Lo que tenga unas propiedades de origen demasiado marcadas va en detrimento de sus posibilidades de reciclaje. Por consiguiente, la identidad flexible o ausente es indispensable en un universo material que ya no se puede concebir sin las categorías de basura y reciclaje. En este punto conectan los textos. Lo que Rem Koolhaas está describiendo es una basura aceptada (hasta concebida como diseño), en coincidencia con la hipótesis de Pardo; también menciona que en el vocabulario burocrático-arquitectónico del espacio basura el reciclaje es central (“la única certidumbre es la conversión

continua-seguida, en escasas ocasiones por la restauración”, (Autor cit., p.32). En otra obra anterior de su autoría, *La Ciudad Genérica*, plantea el fin de la identidad de las ciudades como un fenómeno central en nuestro siglo, con una carga ambivalente; por un lado, inevitable e incluso funcional en un mundo urbanizado que crece exponencialmente en el que la acumulación de identidad sería un lastre. Por otro, con un costo estético y vital evidente: “un lugar de sensaciones débiles y distendidas, pocas emociones y alejadas entre sí” (Koolhaas, 2006, p.4). S. Jungkeit (2013, p.42), tras constatar lo anterior, se pregunta qué cabe hacer ante el fenómeno del espacio basura y señala que Benjamin da la clave de una actitud descriptiva y neutra ante unos espacios que, como los pasajes (lo urbano-comercial), han llegado para quedarse. Por mi parte, la lectura de Koolhaas me sugiere que, pese a que se mantiene parte del pesimismo de su producción ensayística previa, nos encontramos ante una postura que podríamos calificar de valiente, ya que el autor confronta ciertas operaciones del *establishment* de la construcción con una descripción que en sí misma es una crítica frontal, ya que enlaza con el fenómeno social de la basurización.

En otras latitudes vimos aparecer en 1998, cuatro años antes de la publicación de *El espacio basura*, el término *basurización* como concepto que describe el proceso por el cual gran parte de la población, principalmente pobre e indígena, es contemplada por las élites como desecho, sin posibilidad de integrarse por medio de políticas nacionalistas de tipo social, tal como ocurría en tiempos de modernización e higienismo (Silva, 2008, p. 63; Escutia, 2017 pp. 15-18). Se trata, en este caso, una basurización simbólica que funciona como construcción de alteridades que deben ser invisibilizadas, debido a un asco culturalmente producido. Koolhaas nos describe procesos de basurización que no suceden en la periferia del sistema-mundo wallarsteiniano sino en su mismo centro, en el núcleo mismo de lo que es considerado como glamuroso y distinguido.

Pudiéramos detectar un cierto cariz elitista en la calificación de espacios banales que las masas tienen que usar necesariamente, así como una nostalgia en Augé por lugares que encarnaban significados tradicionales. Las reflexiones anteriores, sin embargo, nos permiten valorar su carácter de advertencia ante espacios producidos sin una adecuada sensibilidad social, estética y ecológica. En este sentido, las descripciones del no-lugar y del espacio basura funcionan como acciones generadoras de rechazo ante numerosas retóricas estéticas propias del neoliberalismo; quitan un velo a la sensibilidad pasiva del usuario ante el vacío de muchos de los nuevos espacios de la globalización.

Referencias

- Augé, M. (2000). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Augé, M. (2007). La sobremodernidad. Del mundo de hoy al mundo de mañana. *Contrastes*, nº 47, pp. 101-107
- Baudrillard, J. (1978). *Cultura y simulacro*. Barcelona; Kairós.
- Benjamin, W. (2005). *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal.
- Colleyn, J. P. y Dozon, J. P. (2008). Lieux et non-lieux de Marc Augé. *L'Homme*, nº 185-186, pp. 7-32

- De Certeau, M. (2004, 1° ed. 1990). *L'invention du quotidien. Tome 1, Arts de faire*. París: Gallimard.
- Dumont, L. (1987). *La Tarasque*. París: Gallimard.
- Escutia, S. (20017). Del higienismo a la basurización. Dos discursos sobre el desprecio a la otredad. En: Amaral, Mariza y Escutia, Sandra (compil.) *Pensamiento paraguayo*. Paraguay: Suindá Ediciones. pp. 155-176
- Foster, H. (2002). *Design and Crime (And Other Diatribes)*, Londres: Verso.
- Gallardo Frías, L. (2011). *Lugar/no-lugar en la Arquitectura contemporánea*. Tesis doctoral. Universidad Politécnica de Madrid-Escuela Técnica Superior de Arquitectura. Recuperado de: http://oa.upm.es/10903/1/LAURA_GALLARDO_FRIAS.pdf
- Gallardo Frías, L. (2015) No-lugar y arquitectura: Reflexiones sobre el concepto de No-lugar para la arquitectura contemporánea. *Arquiteturarevista*. Vol. 11, n. 2, p. 104-115.
- Gebauer, M., Nielsen, H. T., Schlosser, J. T., & Sørensen, B. (Eds.) (2015). *Non-Place: Representing Placelessness in Literature, Media and Culture*. Aalborg Universitetsforlag.
- Grimson, A. y Seman, P. (2007). Los no-lugares; una criatura etnocéntrica. *Revista de cultura*, n° 186, Año IV, abril pp.74-76.
- Jungkeit, S. (2013). The Dreamlife of Junkspace: Utopia, Globalization, and the Religious Imagination. *Union Seminary Quarterly Review* Vol. 64, n°1. pp. 36-46.
- Koolhaas, R. (2007). *Espacio basura*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Koolhaas, R. (2006). *La ciudad genérica*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Korstanje, M. (2006). El viaje: una crítica al concepto de no lugares. *Athenea Digital*, n° 10, pp-211-238.
- La Cecla, F. (2011). *Contre L'architecture*. París: Arléa. p.33
- Legnaro, A. (2015). In Search of Place-ness: Non-Places in Late Modernity pp51-69. En: Gebauer, M., Nielsen, H. T., Schlosser, J. T., & Sørensen, B. (Eds.) (2015). *Non-Place: Representing Placelessness in Literature, Media and Culture*. Aalborg Universitetsforlag.
- Montaner, J.M. (2004). *Arquitectura y crítica*. Barcelona: GG.
- Özkan, O. (2008). *Strategic way of design in Rem Koolhaas's Parc de la Villette Project*. Tesis doctoral; Middle East Technical University. Recuperado de: <https://etd.lib.metu.edu.tr/upload/12610287/index.pdf>
- Pardo, J. L. (2010). Nunca fue tan hermosa la basura. Barcelona: Galaxia Gutenberg. Recuperado de: <http://www.uni-kiel.de/metropolen2010/data/pardo3105.pdf> (fecha de recuperación 13-1-2017).
- Ringgaard, D. (2015). The Newest Place is a BMW X3 in Lagos: Contemporary Notes on Marc Augé's Non-Lieux. En; Gebauer, M., Nielsen, H. T., Schlosser, J. T., & Sørensen, B. (Eds.) (2015). *Non-Place: Representing Placelessness in Literature, Media and Culture*. Aalborg Universitetsforlag.
- Rivera, D. (2011). La arquitectura del no-lugar y la Odisea contemporánea. *Papers, revista de crítica y teoría de la arquitectura*, n° 21. p. 35-44
- Segalen, M. (1989). Introduction. En Segalen, Martine (ed.). *L'autre et le semblable. Regards sur l'ethnologie des sociétés contemporaines*. París; Presses du CNRS.
- Silva Santiesteban, R. (2008). El factor asco; Basurización simbólica y discursos autoritarios en el Perú. Perú: Red para el desarrollo de las ciencias.
- Sloterdijk, P. (2003). *Esferas*. Madrid: Siruela
- Vázquez Roca, A. (2007). El vértigo de la sobremodernidad: espacios públicos y figuras del anonimato. *Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey*. MONTERREY, México, n° 22, pp: 230-245.